

## BIBLIOGRAFIA

H. GORDON GARBEDIAN. — *Einstein, hacedor de Universos.* — Traducción castellana por F. Jiménez de Asúa. 1 vol. de 15 × 24 cms.; 295 págs., con láminas. — Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1940.

Me parece oportuno definir exactamente mi posición espiritual en lo tocante a Einstein y sus doctrinas, antes de juzgar este innoble libro que le ha sido consagrado. Para mí, la teoría general de la Relatividad es una de las construcciones más incomparablemente geniales que hayan brotado jamás de la mente humana. Es tal el vigor mental que ha presidido a su creación, que su estudio despierta en el espíritu — ya lo dije en anterior oportunidad — la emoción extraordinaria que sobrecogería a quien presenciara la creación de un mundo. Pero con ser esta concepción prodigiosa la contribución esencial de Einstein a la ciencia, con ser esta la suprema credencial que le hará figurar en la historia acaso como el más potente genio investigador que jamás produjo la humanidad, existen en su obra otros aspectos que, aunque empedecidos por la inmensidad aplastante de su trabajo principal, habrían bastado no ya para salvar del anonimato a cualquier hombre de ciencia, sino para caracterizarle como un sabio de primer orden: la teoría del movimiento browniano, la teoría de los quanta de luz, la teoría especial de la relatividad, son sin duda otras tantas contribuciones científicas de mérito excepcional. Por esto, siempre he considerado absurdo tanto el apasionamiento de aquellos antisemitas que odian a Einstein porque es judío, y que en su furor niegan la importancia, o la originalidad, o la verdad de sus teorías, cuanto el ciego extravío de aquellos que citan la revolucionaria novedad de tan sorprendentes concepciones, como una prueba más del carácter disolvente de la mentalidad judía.

Como admirador realmente frenético de Einstein, cuya obra he estudiado a fondo y cuyas teorías he expuesto reverente en conferencias y en cursos universitarios, recibí el anuncio de este libro acerca de su persona con verdadero entusiasmo y viva curiosidad, ya que el de Moszkowski que data de hace unos 20 años, no es tan interesante como hubiera cabido esperar. Mi interés por el libro de Garbedian, cuya aparición en inglés no sé por qué me pasó inadvertida, se vió acrecentado por una elogiosa nota bibliográfica publicada en *La Nación* de Buenos Aires. Por fin el libro ha llegado a Lima y ha venido a mis manos. Pero lejos de producirme el elevado placer espiritual que de su lectura me prometía, he encontrado en ella el acre disgusto que puede producir en cualquier espíritu sereno, no ya una obra tendenciosa, sino un libro en

que se toma la gran figura de más egregio hombre de ciencia contemporáneo como un pretexto para la más vulgar, ruin y malévolamente propaganda judía, anti-alemana y a veces anticatólica. Tan poco honrado como denigrar la ciencia de Einstein porque es judío, es tomarlo como achaque para una empresa carente de elevación y de dignidad. Yo sé perfectamente que no es usual redactar en términos tan duros una nota bibliográfica; pero tampoco es frecuente el tropezar con un libro que los merezca en el mismo grado que el que comento. Aun a riesgo de alargar demasiado esta nota, transcribiré algunos pasajes típicos que justificarán ante el lector la inusitada dureza de mis calificativos.

Es obvio que Einstein cuenta con la incondicional admiración de las personas, relativamente pocas, para quienes son abordables sus geniales trabajos; pero Garbedian nos dice en su prólogo que *Albert Einstein ha sido considerado como el hombre más querido y el idolo más duradero de la tierra*, y que *sus admiradores, hombres, mujeres y niños, se encuentran entre todas las clases sociales*. Después de un relato novelado del nacimiento y primera infancia de Einstein, nos le presenta en la escuela, donde *los maestros alemanes querían imponer al joven Albert ordenanzas militares. Hubieran sido magníficos tenientes del ejército alemán, pero fracasaron en sus intentos de inspirar al muchacho amor al estudio... Los gritos y los golpes (sic) no consiguieron despertar en él la afición al estudio...* (pág. 14).

La página siguiente contiene estas palabras: *una de las dos grandes causas que han quedado encerradas en el corazón de Albert Einstein a través de sus años adultos, se le apareció un día en la escuela. El maestro, que, como la mayoría de los ciudadanos de Munich era un severo católico romano, mostró ante los ojos asombrados de los estudiantes un largo clavo, diciendo que había sido utilizado por los judíos para crucificar a Jesucristo. El desgraciado episodio dejó libre el veneno del antisemitismo, y el joven Albert, que por su falta de sociabilidad y aversión a los deportes no era mirado con buenos ojos por los restantes muchachos, se vió desde entonces más aislado. Este amargo suceso de la mocedad de Albert jamás pudo ser olvidado* (págs. 15-16). O este episodio absurdo es una malévolamente torpe invención, o es el fruto de alguna alucinación infantil del propio Einstein, o si es verídico, ese profesor debió a no dudar ser encerrado al día siguiente en un asilo de locos, pues basta la más mínima crítica para comprender que los clavos de la crucifixión no andan sueltos como para hallarse cualquier día en el bolsillo del primer maestro de escuela. Sea de ello lo que quiera, el consignarlo en un libro es sencillamente una infamia.

Pinta el autor, en contraste con tantas miserias de la escuela alemana, el hogar modelo de Einstein, gobernado por unos *padres ideales* (pág. 17), donde el niño, que de día estudiaba en una escuela católica, era iniciado en la noche *en los principios de la fe judía*, a pesar de lo cual *la diferencia entre los dos creídos no llegó a perturbarle*, como que *había grandes analogías en los fundamentos de ambas religiones*. (pág. 18).

A todos los niños les gusta contemplar los brillantes desfiles militares. Pero el autor nos cuenta que Einstein desde que *tenía únicamente nueve años, a diferencia de otros niños, no encontraba atractivo en las pompas militares*. El re-

doblar de los tambores, el ruido de la caballería, las columnas de hombres solemnes que marchaban con precisión de máquinas y la vista de los aceros desnudos, que servían para destrozarse a otros hombres, llenaban su corazón infantil de odio y temor. Pensaba, aterrizado, que algún día tendría que incorporarse al ejército, y cuando, después de haber visto un desfile, volvía a su casa, rogaba a sus padres que lo salvaran de ese destino. Sus angustiados ruegos dieron lugar a que sus atribulados padres (¿por qué atribulados?) le prometieran que harían lo necesario para evitarle el servicio militar, aunque para ello tendrían que abandonar su país natal (págs. 16-17). Todo este pasaje es preferible no comentarlo.

Nos relata cuán tempranamente despertó el talento científico de Einstein. Agregando: *El curioso muchacho dirigía a sus profesores preguntas tan embarazosas que eran contestadas con el silencio ante el estupor de sus condiscípulos. Finalmente, uno de los profesores le llamó aparte para rogarle que no le avergonzase en público planteándole preguntas que era incapaz de resolver* (pág. 20). *En la escuela existía siempre una marcada diferencia entre los modales atentos que los maestros tenían para los niños ricos y la indiferencia con que trataban a los pobres* (pág. 22). *El odio de Albert a aquel sistema regimentado de Munich con sus "generales" en cada clase aumentaba con los años en lugar de disminuir, ya que la educación militarizada de la escuela era... intolerable* (pág. 23).

Los padres del joven se trasladan a Italia: Einstein les sigue y, aunque no tenía todavía 16 años... resolvió abandonar la ciudadanía alemana, con lo cual durante el siguiente lustro iba a ser un hombre que no debía fidelidad y obediencia a ningún país, un ser humano completamente libre de ataduras nacionales, sociales y raciales, un ciudadano del mundo (pág. 25). Al leer esto casi se duda de si es propaganda judía o antijudía. Luego vemos a Einstein, estudiante en Zurich, comprometido con una universitaria serbia, de religión católica, llamada Mileva Maric, con la que se casó en 1903: por supuesto que fundan un hogar perfecto, donde se reunían algunos amigos, pero no como se reúne el común de los mortales, por el sano placer de la conversación y del esparcimiento; no: *era un grupo de personas bien educadas, de fino ingenio, que noche tras noche se reunían en la casa de Einstein para por el trato recíproco pulir y perfeccionar su talento* (pág. 38). En la misma página nos pinta el cuadro que ofrecía el mundo en aquellos días, con una insidiosa complacencia para con todo lo que prometían las actividades revolucionarias de Lenin.

Nos cuenta que Einstein fué separado mezquinamente de un colegio donde crecía en Suiza, por lo cual *su odio contra la brutal injusticia del mundo "práctico", que había comenzado a desarrollarse en sus días escolares de Munich, se intensificaba extraordinariamente* (pág. 35). Esta es la primera indicación que tenemos de que Einstein es un resentido.

Toda persona que tenga una fuerte cultura científica, sabe que la teoría de la relatividad, no obstante su originalidad sorprendente y — no me cansaré de repetirlo — de su genialidad sobrehumana, representa la culminación y el desenlace natural de toda la electrodinámica del siglo XIX. A pesar de ello,

el libro de Garbedian nos presenta a los sabios de la escuela clásica poco menos que como unos impostores contra cuyas mentiras arremetió Einstein: *la rebelión de Einstein contra las autoridades tradicionales de la ciencia, que mantenían falsos conceptos de la realidad y a los cuales incontables millones de seres han estado sometidos durante siglos, se abrió paso lentamente* (pág. 79). Todo esto es completamente falso y arbitrario: los grandes sacerdotes de la ciencia clásica no eran ni unos impostores ni unos secuestradores de la mentalidad de las gentes: eran simplemente sabios anteriores a Einstein.

Einstein es un físico teórico y no un físico experimental: siempre los hubo de los dos géneros, y casi podríamos decir que Euler y Daniel Bernouilli, los grandes sabios suizos de hace dos siglos, fueron los primeros físicos teóricos, en el sentido moderno de la palabra. Los físicos teóricos nada podrían hacer si no contaran con el material de hechos que les suministran los físicos experimentales: la ciencia es una colaboración de estos dos tipos de hombres, que tienen misiones complementarias y que presentan características mentales esencialmente diferentes. Pues hé aquí cómo interpreta Garbedian esta orientación teórica de su biografiado: *Einstein no sólo despreciaba los bienes materiales, sino que también se apartaba de la ortodoxia en sus concepciones científicas y en sus métodos de trabajo. Con pocas excepciones, los hombres de ciencia de aquella época eran empíricos (sic) que basaban sus convicciones sobre las experiencias observadas y consideraban los experimentos de laboratorio como el sostén de la verdadera ciencia... Como Einstein creía que la suprema labor de un físico era llegar a las leyes elementales universales que rigen el cosmos mediante la deducción pura, algunos de sus compañeros le parecían seres sumergidos en un profundo sueño, abrazados a prejuicios tradicionales que les impedían avanzar* (págs. 85-86).

Más adelante vemos a Einstein, nuevamente convertido en alemán, disfrutando de una plaza rentada en la Academia de Ciencias de Berlín, y nombrado Director del Instituto de Física Teórica. En este momento sí que le venía bien el ser alemán. Se divorcia de su primera mujer, pero este paso nos es presentado como un mero incidente de su segundo matrimonio.

Luego viene la guerra de 1914 y leemos que *Einstein contempla horrorizado cómo la flor de la juventud alemana respondía al llamamiento del Kaiser*, y que entre ella se hallaba un silencioso y oscuro austriaco con un frondoso bigote que se extendía sobre los ángulos de su boca. *Habiendo fracasado como arquitecto, como pintor, como carpintero y como vendedor de tarjetas postales... se alistó en el ejército con un ferviente patriotismo... pero el austriaco volvió de la guerra como un ex-soldado sin trabajo, que mostraba la cruz de hierro y los galones de cabo como pasaportes para alcanzar los puestos del poder* (pág. 109). Einstein sigue siendo pacifista mientras sus vecinos se entusiasman por la muerte de Lord Kitchener y por los sufrimientos de un ejército ruso equipado con garrotes y palos contra el hierro de los alemanes (pág. 110). En la página 114, nos habla de los bárbaros teutones, pero en la página 120 llama a Einstein el sabio alemán. En la página 115 habla de las cadenas del patriotismo. En la página 125 presenta a Newton como un hombre que fracasó al no poder

*dar una aclaración satisfactoria de la causa de la gravitación, lo cual estaba reservado a Einstein.*

¿A qué multiplicar las citas, a qué comentarlas? Los capítulos posteriores son semejantes a los primeros, por la arteria, la insidia, la ignorancia y la falsedad con que han sido escritos. El libro de Garbedian no merece ser olvidado: deberá citarse siempre como un ejemplo de lo que no debe ser un libro.

*Cristóbal de LOSADA y PUGA.*